

Arte prehispánico en el ámbito andino

1.—El puente intercontinental y los orígenes de la cultura andina

Entre la América del norte y la del sur, considerada cada una como un auténtico continente, hubo varios puentes de todo tipo a lo largo de su evolución. La prueba más clara de que existieron es que los hombres que entraron por Bering en la del norte, se extendieron tras varios milenios por la del sur. Dos de estos puentes son marítimos y no tienen ahora especial interés para nuestro estudio. Uno es el que a través de las Antillas y las pequeñas islas del Caribe, enlazaba la Florida, Luisiana, Tejas y el Méjico actual con Colombia, Venezuela y Guayana. No sólo fue un puente de paso de norte a sur, sino también de sur a norte, ya que una parte de la población prehispánica de las islas procedía de las costas sudamericanas del Caribe. En dicho puente los trasvases culturales no pasaron de un estado precultural escasamente avanzado, pero no por ello dejaron de contribuir a un incipiente enriquecimiento mutuo. Otra vía marítima fue la que a través del Océano Pacífico unía las costas occidentales de Méjico con las del ámbito andino. Solía hacerse en balsas y fue posiblemente tardía. No parece haber influido de modo decisivo en la evolución de las culturas en juego, sino haber sido un corolario comercial de la preexistencia de las mismas.

Muy diferente es lo que sucede con el puente que desde los límites meridionales del área cultural maya, llegaba a través de parte de América Central y de la actual Colombia hasta las tierras originarias de la cultura andina. Aquí las ósmosis preculturales y culturales parecen haber sido intensas tanto en los tiempos prehistóricos, como en los históricos, pero posiblemente discontinuas y sin que ello quiera decir que, a pesar del indudable aire de familia de las creaciones de ambas Américas, hayan influido de manera decisiva unos ámbitos sobre otros. Las realizaciones prehistóricas o, mejor dicho, lo que queda de un utillaje similar al del resto del mundo, es tan antiguo en el área andina como

en la mesoamericana. Así en Chivateros, en el Valle de Chillón, cerca de Lima, se ha hallado un yacimiento de unos 12.400 años de antigüedad. Fue también temprana la subida del hombre a la cordillera, ya que en Lauricocha, a 4.000 metros de altitud, han sido hallados restos humanos de hace 9.500 años.

El puente terrestre que enlaza sin solución de continuidad las culturas mesoamericanas y la andina se inicia en Panamá. Los chiriques de Panamá conocían en un época no bien datada, pero que no debió ser demasiado remota, un sistema de fundición a la cera perdida y otro de pintura en negativo que denotan unos conocimientos muy avanzados en las técnicas artísticas. En el segundo de estos descubrimientos recubrían con cera los recipientes, pero reservaban algunas zonas. Luego pintaban la totalidad del recipiente y cuando se fundía la cera durante la cocción, quedaba tan sólo la parte de pintura que había sido aplicada directamente sobre el barro. Incluso si estos objetos son relativamente recientes, demuestran la existencia de una etapa previa que pudo afinar profundamente sus raíces en los tiempos prehistóricos.

En el Oeste de la actual Colombia se hallaban radicadas algunas tribus con una organización política rudimentaria. Las gobernaban unos reyes o caciques que poseían grandes harenes y que solían hacer cincelar las suntuosas joyas de oro con las que adornaban sus narices y sus orejas. Tenían también una gran predilección por las máscaras de oro, cuyos artifices las trabajaban con gran esmero. En el Valle del Cauca era mayor el espíritu bélico, pero como no se conocían ni el bronce, ni el hierro, sus dirigentes hicieron fabricar yelmos y otros muchos objetos de oro. Ello hizo que Hans-Dietrich Disselhoff se decidiese a proponer que se inventase para ese período una nueva denominación y se le diese, por contraposición a las del bronce y el hierro, el nombre de «Edad del Oro».

En la región colombiana del Alto Magdalena existió asimismo una importante civilización megalítica. El último momento de esa evolución lo constituye la llamada Cultura de San Agustín. El minúsculo poblado del que toma su nombre se halla próximo a las fuentes del río, en una zona sumamente fértil, lo que debió hacer que sus creadores vivieran en una relativa abundancia. Las más altas realizaciones de esa cultura son posiblemente posteriores al siglo V de nuestra era y anteriores al XI. El parecido de la estatuaría de San Agustín con la de Tiahuanaco es grande, pero no tanto, de todos modos, que exija considerarla como un antecedente. Las esculturas son de grandes dimensiones y de labra tosca, pero muy vigorosas y con un enorme carácter en su condensación volumétrica. Se conservan los restos de algunos templos de gran monumentalidad, realizados con enormes sillares de piedra. Sus creadores creían en el más allá, veneraban a los muertos y construían para ellos sarcófagos enormes de piedra. Utilizaban a veces en sus estatuas y relieves la policromía, tan abundante en algunas zonas mesoamericanas. Es posible e incluso muy probable que esta cultura de San Agustín se hallase en el origen de la civilización chibcha o prechibcha.

No existe, por tanto, solución de continuidad cultural entre el área mesoamericana y la andina. Las semejanzas, que abundan, pueden no deberse, no obstante, a influencias directas, sino proceder de ese difuso fondo precultural que existió en toda América con anterioridad al nacimiento de sus más antiguas culturas diferenciadas. Cabe, a manera

de ejemplo, recordar entre las semejanzas que la costumbre de deformar con tablillas el cráneo de los niños, existió no sólo en el Yucatán y en los sectores centroamericanos del puente, sino también en el área andina, y que gran número de elementos ornamentales han saltado con toda facilidad desde una hasta otra América. Así acaece con el cuerno curvado, símbolo de la fertilidad, que tanto en pintura como en escultura existe por igual en el ámbito mesoamericano y en el andino. Más común es todavía el motivo ornamental de la greca en escalera, evolución abstracta del motivo orgánico de la voluta. No se limita a las dos grandes áreas tradicionales, sino que se dio asimismo en grandes extensiones de Chile y Argentina. Por otra parte, cuando las relaciones comerciales pudieron hacerse en forma organizada, fue frecuente que en el Ecuador se importasen los vasos mayas antropomorfos, que dejaron una lógica huella en el arte de esa zona, y que en extensas regiones del ámbito andino, procediese de Mesoamérica y América central el jade con el que se construían algunos objetos rituales o suntuarios. A todas estas confluencias, influencias o derivaciones de una fuente común hay que añadir la que suele considerarse como más definitiva: el hecho de que en el ámbito andino se hayan construido pirámides desde época tan remota como en Mesoamérica.

Más adelante recordaremos la evolución del ámbito cultural andino desde sus remotos precedentes preculturales hasta su unificación tardía en el imperio incaico. No seguiremos, no obstante, la catalogación propuesta a menudo por algunos arqueólogos a partir de 1958, en la que dividen la cultura preandina, protoandina y andina en tres «horizontes» denominados «de Chavín» (primitivo), «de Tiahuanaco» (medio) e «incaico» (tardío). No lo hago porque estoy convencido de que Chavín de Huantar se hallaba respecto al conjunto de las culturas andinas en una situación similar a la de la Venta y la primera cultura maya respecto a buena parte de las culturas mesoamericanas. A causa de ello considero que mejor que mostrar unos horizontes más o menos entreverados, parece útil, en lo que al ámbito andino respecta, seguir la división propuesta por Raoul d'Harcourt. Se extiende desde la iniciación de los tiempos protohistóricos en Chavín de Huantar hasta el momento de unificación de todo el ámbito cultural andino en el imperio incaico. Entre la aurora de Chavín y el ocaso de Cuzco figuran los momentos estelares de Paracas, Moche, Nazca, Tiahuanaco y Chimú.

2.—Chavín de Huantar

Durante largos años fueron muchos los arqueólogos que se negaron a reconocer que la primacía cronológica en la evolución cultural y artística del ámbito andino le correspondía a Chavín de Huantar. El único motivo en que se apoyaban para negar dicha primacía era la perfección inusitada de todos cuantos objetos suntuarios, utilitarios, religiosos o simplemente artísticos habían sido hasta entonces hallados en su zona de influencia. Ello indujo a muchos historiadores y arqueólogos a afirmar que aquellos objetos tan perfectos no podían ser anteriores al siglo primero de la era cristiana, pero posteriores investigaciones han demostrado que esa teoría era totalmente infundada y que el período áureo de Chavín de Huantar se extendía —tal como el Carbono 14 ha demostrado— desde